



En el lugar del origen, dice también Zambrano<sup>18</sup>, el conocimiento no existía. El conocimiento era mutua presencia, presencia dada y recibida al par; acción y contemplación no se diferenciaban. El lugar original sería por tanto lugar de presencia, donde todo es co-presente.

Si en el zen puede hablarse de «lugar» o de «estado» —pues que *estar* hace siempre referencia a una ubicación, sea ésta interior o exterior— no puede ser otro el suyo que ese lugar de la presencia. El zen procura hacer presente al presente normalmente difuminado en rasgos pretéritos y futuros. Es una devolución constante de lo disperso al inaprensible «aquí y ahora» fuera del cual no puede haber ninguna comprensión del ser. Porque este presente cuando se ensancha, ensancha a su vez el ser que es eternidad en el presente.

<sup>18</sup> María Zambrano; «Acerca del método. La balanza», Analecta Malacitana, Málaga, 1983.

En el *centro*, donde toda agitación se calma, donde toda confusión se aclara y lo disperso se unifica, donde inteligencia y corazón (*prajña* y *karuna*) se potencian y se dan vida mutuamente, la presencia se recupera. De este centro dirá María Zambrano que no está nunca inmóvil, sino quieto. Tampoco el zen pretende la inmovilidad. Las prácticas de *dhyana* (meditación) tratan de lograr un estado de uniformidad de la conciencia, un estado de «indiferencia» (no-diferencia), un equilibrio rítmico pausado que propiciaría un tipo de comprensión o visión inmediata. Y ello porque en tal estado se produce la unión de la conciencia con aquel desconocido caudal de vida y sabiduría independiente que algunos identifican con el «inconsciente» para darle algún nombre. Este lugar, o ritmo, o espacio rítmico es el lugar de la escucha, el Claro que como decía Heidegger al hablar de la *Lichtung*, no es luz, sino el lugar donde la luz puede posarse y jugar con las sombras.

Ahí, de no insistir la mente en dirigir su atención, puede abrirse en el tiempo un «hueco» que permita la simultaneidad. «Pensar sin pensar, ver sin ver, oír sin oír...» dice el zen, expresando así un estado no directivo: *yo* no pienso, *algo* se piensa a través de mí. En tal estado de quietud, como escribe Bergson con respecto a la intuición, se produce un ensanchamiento de la conciencia; la conciencia personal parece introducirse en una conciencia general y la comprensión es entonces inmediata, sin la separación que todo esfuerzo conlleva<sup>19</sup>.

En el zen, el *ego* se desprende de la pura conciencia sin necesidad de sacrificio, paulatinamente, por la simple permanencia en aquel estado presencial que permite la visión de la nada en que consiste aquel *yo* que el cristianismo por el contrario crucifica por haberle otorgado consistencia y perdurabilidad. La muerte violenta del *yo* pasional es necesaria mientras la conciencia siga identificada con cada uno de sus estados, mientras ese *yo* siga siendo «algo». Para el zen, por el contrario, no hay nada que matar («no hay espejo que pulir») porque simplemente no hay «algo». No obstante, esta repentina comprensión no se da intelectualmente; adviene en ciertos momentos en los que todo el ser —el cuerpo y la mente debidamente entrenados en la atención— participa de la experiencia. El *satori*, o «despertar» es un nuevo nacimiento. Y es la búsqueda de ese nacimiento perpetuo lo que guía a María Zambrano. Nacimiento siempre renovado, múltiple, despertares sucesivos que van trazando la espiral de la existencia.

Sería ciertamente inadecuado considerar la obra de María Zambrano bajo un prisma orientalista. Los códigos utilizados en ambas tradiciones, la cristiana y la oriental, no son fácilmente extrapolables. Pero el hombre, aprendiz y hacedor de códigos, sigue, bajo ellos, padeciendo la misma orfandad y glorificando una misma fuerza, sea ésta llamada Libertad, Amor o Energía. Bipolar esta fuerza, hecha de luz y oscuridad, de deseo y temor, dual hasta que la conciencia, liberada, pueda verla en su unidad: terrible y maravillosa a la vez. Y la razón más clara de aquel que se sabe andando entre dos ríos desbordados pide hallar el medio de no verse arrastrado por ninguno de los dos. Por ello vuelve a definir Zambrano al sabio (según ella misma refiere<sup>20</sup>,

<sup>19</sup> Como para Bergson, este conocimiento tampoco se distingue de su objeto y es captación de lo «absoluto».

<sup>20</sup> María Zambrano; El pensamiento vivo de Séneca, Cátedra, 1987.

heredado de Oriente) como aquel que domina el arte de encontrar el punto de equilibrio, aquel en que razón y sinrazón se mezclan: sabiduría «es saber moverse entre la relatividad sin descanso que es la vida humana»<sup>21</sup>.

Hallar ese punto de equilibrio, ese punto medio que es el hombre, ese *vacío-medio* (entre cielo y tierra, o entre el yin y el yang del ideograma del vacío: un tigre saltando sobre una loma, el espíritu-yang saltando sobre la tierra-yin) requiere una visión adecuada, y ésta, un método adecuado, aquel método que procure un *ámbito de visión* lo más despojado posible. María Zambrano lo procura mediante la razón-poética. Esencialmente, consistiría en un proceso metafórico, un proceso de creación, la apertura de un espacio donde fuese posible la simultaneidad<sup>22</sup>. El zen por su parte se adiestra en la atención y el aquietamiento metódicos. Ambos apuntan a una experiencia de simultaneidad, la superación de una dualidad fundamental y la devolución o reintegración del origen en el presente.

El movimiento de ida y de regreso, como dijimos al principio, puede decirse de muchas maneras y descubrirse en muchos niveles de la existencia humana y de los acontecimientos pues el círculo se cumple tanto en la realidad cotidiana como en las esferas más abstractas. Realizar la unidad de los opuestos no nos lleva a habitar un reino ajeno a lo humano sino todo lo contrario, a comprender que la trascendencia es de este mundo como lo es el misterio de las cosas más acostumbradas y más simples.

Trascender las significaciones duales significa solamente despojar de sus nombres a las cosas, verlas por un instante como las vería un recién nacido: con los ojos del cuerpo, no con la mirada que siempre las anticipa. Después, volver a nombrarlas.

—«¿Cómo debe llamar al Este alguien que ha comprendido el zen?», preguntó un maestro a sus discípulos.

—«No debe llamarle Este», contestó uno de ellos, seguro de haber catado correctamente las enseñanzas. El maestro le insultó.

—«¿Y cómo lo llamaría entonces?», le gritó.

Captar la realidad desde su interior es resucitarla tras su nombre. Pero luego hay que volver a nombrarla pues de alguna manera es preciso entenderse en el mundo de las diferencias. La máxima «una rosa es una rosa, es una rosa», tan utilizada por los terapeutas guesálticos para indicar la necesidad de volver a la realidad tangible después de su conceptualización, adquiere en el zen una nueva expresión, la de «una rosa *no* es una rosa: es una rosa». Ciertamente la flor no es su nombre, ni esta sensación de lo conocido que aplaca toda curiosidad con la respuesta que nombra como si la abstracción, al remitir la memoria a su primera huella, ordenara en un instante el caos. Apaciguar de este modo la más mínima desazón frente a lo desconocido es, sin embargo, negarse a esas llamadas esenciales que por todas partes invitan a participar del ser de las cosas en su origen, más allá de la memoria o del aprendizaje, más allá de la repetición que impide admirarse y obstaculiza el encuentro.

Después del encuentro, el nombre habrá alcanzado una condición de sacralidad porque habremos tocado la naturaleza original del objeto, y nombrarlo entonces es revi-

<sup>21</sup> Id.

<sup>22</sup> *Tratamos este punto muy ampliamente en una obra de próxima publicación.*

vir el encuentro: la con-sagración. De esta manera, podemos comprender que, como dice el zen, los fenómenos —la ilusión— son el satori o el despertar, y el satori son los fenómenos. Esto es: aquí está todo lo que hay, pues lo que hay es más de lo que nos es dado ver con los ojos del entendimiento habitual. Volver a nombrar, volver a la multiplicidad es el retorno del hombre que ha comprendido su situación de *medio*, que ha sabido *situarse*.

Si lo que consideramos, como lo hemos venido haciendo, es el hombre mismo, ciertamente advertimos que despojarse de los nombres y resucitar tras ellos no es una empresa fácil. El proceso —el viaje— supone el paso por sucesivos estados de identificación con papeles aprendidos, los «personajes», y otras tantas desidentificaciones, cada una de las cuales puede llevar al desconcierto, a la exasperación, a la angustia o incluso a la locura. Mas cada renacimiento es una conquista, la conquista de ese «ser recibido» del que Zambrano testimonia en todos sus escritos. Hay una vuelta según ella, al final de la historia, y de esa otra historia personal de cada uno, e innumerables vueltas dentro de aquéllas, pero un regreso fundamental: la recuperación del estado «poético» —nunca abandonado en realidad—, esta inmersión en la naturaleza profunda que es el estado del poeta, o el del hombre que padece con la humanidad toda entera. Hay una vuelta, después del extravío filosófico, después de creer que el mundo se sitúa y se ordena según los claros enlaces que la pura razón otorga, hay un regreso al decir casi mudo de la palabra poética que, al proferirse, tan sólo posa levemente sobre el ser y lo muestra.

Este regreso tras la larga noche es la aurora de un hombre nuevo devuelto a la pureza de su origen después de haberse escindido, de haber salido de sí, la aurora de «la razón, y del ser y de algo no habido y sin nombre»<sup>23</sup>. Y este regreso es el que expresa el poeta en su *haiku*: la visión del origen que, siendo mucho más simple y más despojada de lo que quiso ser al principio, es, tras el abandono de toda búsqueda, mucho más intensa y plena. Y aunque nada haya cambiado en el objeto, el recuerdo de la ausencia y la conciencia del regreso es suficiente para que la visión, en su unidad recuperada (sujeto-objeto), tenga distinto carácter.

El monte Lu en lluvia y niebla,  
el río Che muy crecido.  
Fuí allí y regresé.  
El monte Lu en lluvia y niebla,  
el río Che muy crecido.

<sup>23</sup> María Zambrano; De la aurora, Turner, Madrid, 1986.

**Chantal Maillard**



Jorge Luis Borges